

LA MODA.



REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patronos para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO. = *Revista de espectáculos públicos, por D. Francisco Flores Arenas.* = *Un recuerdo de amor, por D. J. Muñoz Gaviria, conclusion.* = *Pedro, traducción por D. Eugenio de Ochoa.* = *Correspondencia.* = *Geroglífico.*

REVISTA DE ESPECTACULOS PUBLICOS.

LA COLEGIALA, zarzuela en un acto.—EL HIJO DEL REGIMIENTO, *idem* en tres.—Bailes.

Digimos en nuestro anterior número que se había puesto en escena la primera de estas zarzuelas, reservándonos el manifestar en el presente su éxito y sus condiciones artísticas. Aquel ha sido bueno; estas nulas de todo punto. Vamos á verlo.

Hay allí una viuda verde, que se hace llamar la Señora de Perales por huir del verdadero apellido de su difunto esposo, el cual, aunque parezca mentira, se llamaba el Sr. Marranillos. La tal viuda tiene una hija á la que guarda en un colegio á pesar de que cuenta ya diez y seis años; edad que no conviene á la que la Sra. de Marranillos pretende imponerse ante el mundo; pero Aurelia, que ya tiene un novio polluelo y un pretendiente viejo, gordo y feo, no lleva á bien el que su educacion se prolongue indefinidamente, y hace tales cosas que concluye por ser espulsada de su colegio.

Llega á la casa materna, donde halla prevenidos para vestirla conzoncitos bordados y trage corto, muy en consonancia con los once años que su mamá proclama tener, y esto se verifica precisamente en el momento en que el viejo D. Emeterio, conquista de Aurelia, se introduce allí en busca suya, si bien topándose en vez de la niña con la mamá, quien le toma por un maestro de música, y le hace tocar el

trombon, instrumento que ella misma posee. Desengañada al cabo de su error, y sabiendo lo del amante pollo de su hija, pollo que ella destinaba para sí, muda de propósito, y concede la mano de aquella al rico D. Emeterio; pero Aurelia entonces se finge niña, juega al arco, al salto y á los pollitos, el viejo renuncia, y entonces se averigua que el tal es hermano del Marranillos consorte de Doña Olimpia, y que el amante era otro Marranillo pollo, hijo del D. Emeterio. Cásanlos, y aquí acaba la zarzuela.

Antes de pasar mas allá diremos que esto, á pesar de que no solo se supone original sino hasta con pretensiones de haber sido escrito espresamente para determinada persona, se nos ha asegurado no ser ni mas ni menos que un *vaudeville* francés; y aunque nosotros no tengamos datos personales para afirmarlo así por nuestra cuenta, damos mucha fé á quien tal nos ha dicho. Despues de todo, eso no será sino un ejemplar mas de lo mismo que sucede todos los dias respecto á producciones dramáticas. En el cartel todas son originales, porque el hurto no hay siempre quien se tome el trabajo de averiguarlo, y aun probado que sea, todo ello no pasa de un pecadillo venial en la literatura contemporánea.

Cerrado pues este paréntesis volvemos á la zarzuela, acerca de cuyas condiciones literarias está de mas que digamos cosa alguna, puesto que por sí dice bastante la anterior reseña de su argumento. Ella no pasa de un saineton con tal cual trozo de música vulgar; pero tomado así, y no de otro modo, difícilmente se presenta en escena cosa mas entretenida y que mas haga reir. La graciosa Amalia Ramirez nos presentó allí á una chiquilla traviesa con sus puntas de marimacho y su no poco de malicia infantil, que no hubo mas que pedir. El Sr. Vega, tenor cómico, estaba en su elemento, y además acertó á dar al extravagante tipo del viejo Marranillos una fiso-

nomía propia. Su canción que empieza

„Cayó el pez en la red manga.
Qué ganga!.... Qué ganga!“

fué repetida hasta tres veces, en medio de estrepitosas risotadas.

Dos partes mas cantan esta zarzuela, y eso muy poco, puesto que ella no tiene ni tenor, ni barítono, ni bajo. Estos habrán podido repetir con D. Emeterio: „Qué ganga!“

El miércoles tuvimos otra novedad. Fué esta la zarzuela en tres actos *El Hijo del regimiento*, que pudo ser hijo de todos los demonios. Desde que Apolo es Apolo y las musas musas, no se ha escrito otra cosa mas mala ni mas vulgar, así en la parte de letra como en la de música. Allí hay un tamborcillo que se hembra con su general, que tutea á su teniente, que se burla de su capitán en sus propias barbas, que hace y deshace casamientos, que insubordina á su compañía y que revoluciona á un taller de modistas. Los incidentes están allí forzados todos y traídos por los cabellos. Hay una batalla que ni se ve ni se oye; pero en la cual algunos pocos soldados con un teniente á la cabeza alcanzan la victoria sobre un ejército numeroso y que lleva lo mejor en la pelea. ¿Todo para qué? Para que el general case al teniente con su hija, que salimos con que es hermana del tambor, aunque el general no lo sabe porque no fué asunto de su tiempo. Una fragilidad prematura de su excelencia hembra, habia dado al ejército de Felipe V un tambor.

La música ya dijimos que corre parejas con la letra. Empieza con la nana, y sigue siendo nana hasta el fin. En una palabra, á los autores de este engendro pudiera aplicárseles aquello de *Mala noche y parir hija*, pero variándolo en estos términos: *Mala noche y parir hijo*. Este hijo es el *Hijo del regimiento*.

Ejecutábase la citada función á beneficio de la linda y simpática Amalia Ramirez, circunstancia que la libró de un completo descalabro. Aplaudióse, no á la zarzuela, que eso habria sido un absurdo, sino á la artista, y el escenario se cubrió de flores, de coronas y de palomas, mientras que del techo llovian versos impresos en papeles de colores. La concurrencia rebosaba en el teatro, y no habia localidad alguna vacante desde el día anterior.

Creemos que el regimiento de este hijo ha quedado tan en cuadro despues de su primera batalla, que no se atreverá á volver á salir á campaña, si no quiere perder hasta las ollas del rancho.

Respecto á bailes públicos diremos, que los

hubo el domingo en el local del Liceo, en el teatro del Balon, en las galerías del teatro nuevo y en la fonda Suiza. Los dos primeros parece que no pudieron quejarse de la concurrencia, aunque sí los dos últimos.

La Sociedad del Liceo habia dado otro por convite en la anterior semana. Su hermoso local estaba adornado con mucho gusto, segun era de esperar del Sr. Gazzolo, y la concurrencia fué muy numerosa, brillando en ella una animacion decorosa y culta.

Débase este feliz resultado á los esfuerzos y á la inteligencia que despliega su nueva junta directiva, presidida por el digno Sr. D. Ricardo Lacassaigne, la cual va llevando á buen término la laboriosa organizacion de este establecimiento, que hoy se encuentra en el mejor período de existencia que le ha sido dado disfrutar desde su primitivo origen.

Antes de concluir daremos una noticia que puede ser grata á nuestros lectores de esta ciudad. Ha llegado á ella el distinguido artista Sr. Livio Mazza, profesor en el órgano-melódico, instrumento completamente nuevo, y aquí desconocido. Por su egecucion en él ha sido honrado con la presencia y los aplausos de algunos soberanos de Europa, como el rey de Cerdeña, la emperatriz de Rusia en su paso por Nizza, el gran duque de Toscana, y mas recientemente S. M. nuestra Reina. Ha tocado en los casinos de Sevilla, y tanto los periódicos de esta última capital como los de Madrid y otras cortés han prodigado al artista elogios, harto unánimes para que puedan sospecharse de parciales.

La proximidad del carnaval hace que la empresa del teatro Principal no haya podido hasta el momento utilizar los servicios del Señor Mazza. Sin esta circunstancia seguro es que ya le habriamos oído allí.

El baile del Sr. de Burdon sigue preocupando á la buena sociedad de Cádiz, y el bello sexo confinge sin tregua ni descanso los trages con que ha de presentarse. En estos últimos días los jóvenes han empezado á animarse, y se presentarán con disfraces mas de ellos de los que al principio se creia. Esperamos que muchos lo hagan, aunque solo sea porque tal es el vivo deseo del Señor y la Señora de Burdon, á cuya galante invitacion es bien que correspondan de esta suerte.

El carnaval se presenta pues animadísimo. De la segunda y brillante reunion del Casino hablaremos otro dia, así como de las principales diversiones que hayan tenido lugar durante la bulliciosa época que hoy llega á su apogeo.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

UN RECUERDO DE AMOR.

(CONCLUSION.)

—Está malo? preguntó tímidamente Conchita.

—A la verdad no está muy bueno. Le he encontrado muy cambiado.

—Pero al fin, vendrá el domingo? preguntó la señora de Pacheco.

—Me lo ha prometido.

IV.

Pasóse pronto la semana en los preparativos y ensayos del concierto. Llegó la noche del domingo, y todos los convidados fueron exactos á la cita. Habría como unas veinte personas. Escusado es decir, que las mujeres eran graciosas y bonitas: basta decir que eran andaluzas.

La señora de Pacheco cuando vió á todos reunidos, preguntó á su marido por Lara.

—No ha llegado aun, no sé en qué consiste.

Conchita se hallaba sentada al piano donde iba á cantar el aria de la Norma. Nunca habia estado mas linda. Un vestido sencillo de crespon blanco bajaba en anchos y diáfanos pliegues de su airoso y esbelto talle: sobre sus negros cabellos peinados en banda tenia una simple rosa, cuyo color no era tan hermoso como el de sus frescas mejillas. Su mirada era vaga, celestial. En el momento de cantar el aria que sabia de memoria, sus negros y expresivos ojos recorrieron la concurrencia, cual si buscasen á alguno; se fijaron sobre su tia, se sonrió, y entonó la cavatina *Casta Diva*.

Todos los ojos se hallaban fijos en Conchita. Durante el canto, un hombre vestido enteramente de negro, con guantes del mismo color, habia entrado. El Sr. de Pacheco, aproximándose á su esposa, le dijo en voz baja: ese caballero es D. Luis de Lara.

—De veras? respondió con viveza, despues que se lo hubo presentado: cuando se retiró, examínole atentamente.

Era un hombre pálido, de espresion triste, con pocos cabellos, que al través de su transparencia enseñaban la blancura mate de su cráneo, sus ojos ribeteados de encarnado, no tenían pestañas. Su nariz afilada se encorvaba sobre su boca á la que faltaban algunos dientes. Su rostro tenia una espresion profunda de tristeza y parecia encantado oyendo la voz de Conchita.

—No ha venido? dijo esta á su tia, cuando hubo acabado de cantar, y de recibir los cum-

plimientos de la sociedad, dejando ver cierto sentimiento de despique.

—Si, querida mia, respondió su tia, sin obligarla á esplicarse mas. Está aquí.

—¿Dónde? replicó la sobrina con viveza.

—Allí, contestó señalando á donde se hallaba Lara.

Este, viendo que se ocupaban de él desapareció dirigiéndose hácia el jardin, cuyas puertas daban á la sala, y estaban abiertas para dar entrada al fresco.

—¡Me engañais, tia! ¿es el dueño de la hacienda donde hemos estado?

—Si, querida, es el mismo don Luis de Lara, ese interesante jóven, como decia Pacheco. Convengamos en que los hombres se tratan con bastante indulgencia.

—¡Qué mal ha hecho mi tio, mas mal de lo que piensa! replicó Conchita, con tono serio y triste. He amado durante ocho dias la imágen que me habia hecho formar del propietario de la hacienda de Lara. Horrible ha sido el engaño.

Continuó el concierto, pero ya la voz de Conchita no era la misma. Todo revelaba en ello una preocupacion interior. Terminóse el concierto. Despidiéronse las gentes, pero D. Luis de Lara no volvió á dejarse ver.

Cuando todos se habian marchado, la señora de Pacheco reconvino vivamente á su marido.

—Esa es una locura, le dijo, yo conozco á Lara desde niño, le he visto aquí frecuentemente, y siempre me ha parecido un hombre de bien, de gran talento, y me agradaba mucho su compañía y su amistad. ¿Queriais que yo, que soy un hombre, fuese á reparar en su fealdad? Confieso que hasta hoy no habia reparado mas que en su inteligencia y talento.

—Búrlate cuanto quieras, respondió su muger, pero buen desenlace has dado á nuestros sueños.

—¿Y tengo yo la culpa de que sueñen ustedes, señoras mias?

Fuéronse todos á acostar. La tia y la sobrina disertaron toda la noche sobre el amor, sobre la atraccion de las almas, sobre el irresistible impulso de los espíritus simpáticos; agotaron la quinta esencia del sentimiento, y despues de haber razonado, ó tal vez desbarrado durante tres ó cuatro horas, vinieron á sacar en conclusion que á pesar de todas las cualidades intelectuales y morales de que pudiese estar dotado don Luis de Lara, seria imposible amarle y casarse jamás con él.

Al día siguiente hallábanse cansadas la tia con la fatiga del concierto y la sobrina con sus emociones. Cansáronse á poco del campo, y trataron de volverse á Sevilla para despues

venirse á Madrid. La víspera de su marcha preguntó la señora de Pacheco á su marido por Lara, á quien extrañaban mucho no haber vuelto á ver.

—Lara está muy malo, respondió, es un alma superior que no habeis sabido comprender Concha ni tú.

V.

Dos meses despues en Madrid hallábase un dia muy triste Pacheco, despues de haberse encerrado en su despacho para leer las cartas que habia recibido de Sevilla, cuando su mujer y su sobrina le preguntaron la causa de su pesar.

—He perdido mi mejor amigo. ¡Ha muerto Lara!

—¿Y de qué?

—Esta carta que es para tí, te lo dirá tal vez. Te ha escrito antes de morir.

—¿A mí? ¡Si apenas me conoce!

—Te conoce por mí, le dijo su marido con bondad, sabe que eres mejor que lo que parece por tus ligerezas, y ha querido confiarse de tí.

Al mismo tiempo sacó una carta, que le entregó.

Era la espresion del mas profundo y tierno sentimiento que podia inspirarse en amor...

La carta decia:

„No me atrevo á escribirla, porque no quiero que ninguna imágen triste venga á turbar la serenidad de su feliz porvenir. Muero porque he comprendido que jamás podia ser amado. Si viviese, esta confesion sería ridícula, empero ¿quién se burla de un mal que causa la muerte? Mucho he sufrido antes de llegar á ella, he arrastrado la vida solo; pero desde el dia en que comprendí todo lo que me faltaba para ser feliz, me sentí herido de muerte. Este dia... este dia, señora, ha sido el mas hermoso y el mas doloroso de mi vida. Antes de recordarlo debo decir cual fué mi infancia, sin alegría, sin juventud, sin esperanzas. Mi madre murió al darme á luz, tuve por padre un noble anciano, que me dejó grandes bienes. ¡Por qué no me dejó en su lugar un poco de salud, un poco de hermosura? Viví enfermizo, endeble, desgraciado, objeto de la burla, primero de los niños de mi edad, despues de mis compañeros de colegio.

„La dulzura de mi carácter, la viveza de mi inteligencia me conquistaron algunos corazones. Pacheco hizo amistad conmigo por aquel tiempo, él solo me animaba y me decía que no desesperase de ser feliz. Sostenianme ¡ay! estas ilusiones; sin embargo, á pesar de la oposicion

de su amistad, seguí el instinto que me llevaba á la soledad. A los veinte años vine á encerrarme para siempre en el retiro que V. ha visto... allí, solo con la naturaleza y con el estudio, fortifiqué mi alma. Cultivaba mis flores durante el dia, me encerraba con mis libros en mi estudio durante la noche. Así viví muchos años sin ser muy desgraciado.

„Era tan bella para mí la naturaleza, su espectáculo tan imponente y siempre tan nuevo, que si hubiese podido olvidarme enteramente de mí mismo, me hubiera bastado, pero todo me recordaba mi destino. Cuando por casualidad encontraba á alguna muchacha del campo, separaba de mí la vista, y con una exclamacion cuyo sentido comprendia demasiado bien, echaba á correr. Era horroroso, repugnante, lo sabia. Conocia mi deformidad, me causaba yo horror á mí mismo, porque con el sentido de la belleza moral habia recibido de la naturaleza un esquisito sentido para apreciar la belleza física, y falto de esta me rodeé de sus imágenes; amaba las artes y sus obras maestras. Hasta entonces al menos mis padecimientos eran tolerables, podia luchar con ellos y vencerlos, mas tarde me ha sido imposible.

„No sabe Vd. cuántas emociones y noches de insomnio me causó la noticia de su llegada y la de su sobrina. Dos jóvenes y lindas mujeres venian á vivir á mi vecindad; deberes de amistad y sociedad me obligaban á visitarlas. Tal era mi deseo, pero temia espantarlas. En vano Pacheco trató de disipar mis temores; los comprenderá Vd., señora, y adivinará las angustias porque he pasado, cuando le diga que el dia que vinieron á mi hacienda me hallaba allí temblando, traspasado de tristeza, siguiéndolas con la vista, sin atreverme á ponerme en su presencia.

„Oculto detrás de una cortina de la ventana del piso principal, ví á Vd. y á ella apoyadas en los dos naranjos que habia á la puerta de la casa, y cuyas ramas se mecian sobre sus dos lindas cabezas. Ví á Conchita, hermosa, sencilla, interesante, y encantada con la vista de mi jardin; oí sus palabras y las de Vd. y concebí un sueño insensato. Fuí feliz durante algunas horas, habiase separado mi alma de tal modo de mi cuerpo, que no sentia ya el tormento de tenerle. Vivía en un mundo ideal, era amante, inteligente, generoso, era digno de ella; ¡me creí ser correspondido! Cuando se separaron Vds. anduve errante toda la noche recorriendo las calles por donde Concha habia andado, besando la tierra que habia pisado, abrazando ardientemente su imágen. Era mia: ¡la estrechaba en mi ardiente pecho! ¡y con esta ilusion entré en mi desierta casa.

Al pálido resplandor de la luz que iluminaba mi cuarto, ví al entrar reflejarse en un espejo mi rostro; retrocedí espantado y volví á caer en la realidad. Nunca, nunca seré amado! exclamé y lloré. Entonces rogué al cielo acelerase el curso de mis años, hubiera deseado convertirme repentinamente en un viejo! ¡Pero sentir dentro de mí todos los instintos, todos los deseos, todos los fuegos de la juventud, y estar condenado á un eterno aislamiento!.... El mundo se burla de la fealdad como de una cosa ridícula. Ah! mejor debiera compadecerla como una incurable enfermedad!....

„Abatido, desesperado cada dia mas á pesar de las instancias de mi amigo Pacheco, rehusé que me presentase á Vds., de quienes solo huia en apariencia. Yo las seguia oculto á todas partes, yo las veia á todas horas. ¡Qué linda estaba Conchita! Así respiraba sin cesar el veneno que me mataba, y me moria poco á poco lleno de felicidad.

„La noche del concierto yo no queria verla, sino solo oirla, á pesar de la promesa que me habia arrancado Pacheco; pero fué mas irresistible la atraccion de mi amor que mi propósito, y entré en la sala. Lo olvidé todo, no ví mas que á ella, no oí mas que su divino canto. Trasformado por el entusiasmo no era ya un hombre, era una inteligencia etérea. ¡Cuán feliz fuí por algunos instantes! Cuando cesó el canto quise salirme, ya no era tiempo. Pacheco me cogió del brazo y me presentó á V. Sentime perdido, hubiera podido implorar piedad del alma de Vd., pero no es el alma la que juzga de la fealdad sino la mirada, ¡y la de Vd. fué inexorable! Quise alejarme antes que ella me hubiese visto. Tuve una fatal debilidad, volví la cabeza para verla aun otra vez: en aquel momento Vd. me enseñó á ella! Su mirada fué como la de Vd.; leí en ella su espanto. Al salir me dejé caer sobre un banco del jardin; desde allí oí la conversacion que tuvo Vd. con ella! Yo estaba allí, señora, yo estaba allí cuando le dijo á Vd. he amado ocho dias su imágen.

„¡Hubiera podido ser amado de ella! Si la naturaleza no me hubiera tratado como madrestra, hubiera podido unirme á esta mujer tan hermosa. ¡Qué cuadro desplegaron sus palabras en mi imaginacion! Véjala en mi soledad, embellecida con su presencia, en mis amantes brazos véjala esposa y madre, rodeada de los inmensos bienes que podia darla, de mi amor aun mas inmenso!.... Toda esta lontananza de delicias desapareció, y me sentí mortalmente herido. Desde aquel dia me he ido acabando y consumiendo poco á poco; y aseguro á Vd. que no sentia concluir mi vida.

Esta muerte será útil á los pobres, á quien les dejo mis bienes. No le diga Vd. nada de lo que he sufrido; pero dígale Vd. que no desprecie el ruego de un desgraciado, el capricho de un muerto. Que acepte de Vd. los dos cajones de naranjos, cuyas ramas en flor la embriagaron un instante; que les dé un asilo en su habitacion; que respire alguna vez el perfume de su azahar, y que piense que tal vez en aquel instante mi errante sombra girará en torno de ella.

„Quede Vd. con Dios, señora, y ruegue Vd. muy eficazmente á Conchita que no rehuse este regalo de un difunto, y que se acuerde todos los años de él al ver renovar su azahar, no tan puro, no tan blanco como ella....”

Esta triste carta que hará toda una elegía, entristeció considerablemente á toda la familia de Pacheco.

Conchita se casó algunos años despues, perdiendo muy pronto á su marido, al que no tardó en seguir al sepulcro. Conservó toda su vida los naranjos, que eran para ella un recuerdo del amor que habian inspirado su juventud y sus gracias. A su muerte fueron vendidos estos naranjos, que trasplantados, figuran hoy convertidos en dos hermosos árboles á la entrada de la magnífica hacienda de Buena-Esperanza, una de las mas hermosas posesiones que embellecen los alrededores de la reina del Guadalquivir.

J. MUÑOZ GAVIRIA.

PEDRO.

POR

D. EUGENIO DE OCHOA.

I.

Hay un rinconcito en Francia donde nunca me he detenido y donde nunca me he ausentado sin decirme á mí mismo: ¡Qué delicia seria pasar aquí la vida!

Este rinconcito está en la costa de Normandía, entre Honfleur y Trouville, y se llama Villerville-sur-me.

Detrás de esta linda aldea, varios frondosos collados descenden en armoniosas ondulaciones hasta la bahía del Sena, que se abre y se dilata cabalmente en aquel sitio, hasta los mas remotos horizontes de la inmensidad.

Allí tiene uno á sus piés ya la escarpada ribera, ya el verdoso médano, ya en fin las praderas salinas, en medio de las cuales se paran á veces los corpulentos bueyes, inmóviles y como embelesados á escuchar la voz del Océano que va subiendo.

A la derecha tiene uno el rio, cuyo raudal se va estrechando hasta el promontorio apenas entrevisto de Quillebœuf y que cargado siempre de nieblas, parece como que arrastra por cima de sus aguas... que han visto tantas cosas... la misteriosa corriente intelectual de Paris, fuente tambien de donde emanan ideas!

En frente, á tres leguas de distancia, está la ciudad del Havre con sus mástiles, sus faros y sus chimeneas coronadas de un penacho de humo; encima del Havre, la graciosa cuesta de Ingouville, toda esmaltada de blancas quintas escondidas entre árboles y que Casimiro Delavigne ha cantado como el primer punto de vista del mundo. Hacia la izquierda, en fin, la rada... luego el mar.

Hará unos diez años que ahuyentado por la vida demasiado parisiense que hacian los bañistas en Trouville, fuí á instalarme en Villerville, donde por primera vez disfruté la apacible dicha de vivir durante todo un mes como un verdadero lugareño, como un verdadero pescador.

Mi cuarto, por no decir mi celda, tenia cuatro blancas paredes de yeso, el techo cruzado de negras vigas, el ajuar mas rústico que puede imaginarse; por único ornato, un san Juanito de cera debajo de una bomba de cristal, y unas cuantas de esas estampas ignominiosamente iluminadas con añil y almazarron, que decoran con invariable uniformidad todas las salas de nuestros lugares, á saber, el *Judío errante*, encajado en su cantiga de treinta y seis coplas; *los Amores de Piramo y Tisbe*, el *Jóven y gallardo Damon*, etc.

Pero la ventana daba precisamente encima de la ribera; pero á mas del mágico panorama de la bahía, cada marea baja descubria á mis ojos el gárrulo sainete de la pesca de las almejas, desempeñado cotidianamente por las trescientas ó cuatrocientas mujeres del pueblo, con sus cofias de algodón, mientras que los maridos, padres y hermanos fatigan toda la semana la alta mar con sus lanchas pescadoras, cuya humilde flotilla va todos los sábados por la tarde á atracar en la segura playa del pueblo.

Todo aquello respiraba movimiento, color, bullicio y alegría.

Mi patrona no estaba muy en armonía que digamos con todo aquel apacible cuadro. Era una lugareña de como hasta cuarenta años, muy seca y muy interesada, regañona como

todos los diablos, siempre de mal humor, atenta solo á hacer su agosto, despótica sobre todo en grado superlativo;—en suma, una mujer muy antipática.

Pero, pagando bien y siempre adelantado, la verdad es que yo venia á ser una especie de Dios para la Cesarina, que así se llamaba. Por mí suavizaba la acrimonia de sus acentos y la fiereza de sus miradas; apenas resonaban mis pisadas en la sonora casa, acudia á mi encuentro, descojia el ceño, componia con una especie de coquetería sus tocas de color de escaleta y su inevitable cofia de algodón, y se me sonreia... como se sonrie el avaro mirando su tesoro. ¿Qué me faltaba pues? Y luego tenia dos hijos como dos soles: un muchacho de unos trece años y una niña de doce, rubios uno y otro como unas candelas, con hermosos ojos azules llenos de ternura y á veces de una altiva fuerza de voluntad, que seguramente era lo único en que se parecian á su señora madre.

Por lo que respecta al amo de la casa, aun me faltaba hacer su conocimiento, porque era un pescador, y como ya he dicho, los pescadores de Villerville no están presentes en el pueblo mas que el sábado por la noche: á la marea siguiente vuelven al mar,—y yo no estaba instalada en casa de Cesarina mas que desde el jueves. Pero pronto llegó el domingo y con él Pedro Aubert, marido de mi patrona.

II.

Era este un marinero como de hasta treinta y cinco años, pequeño, rechondo, moreno, de pelo negro, el cual llevaba muy corto, salvo dos largos rizos que le caian sobre las orejas, de las cuales pendian dos aretes de oro con una ancla en medio á la usanza marina. Su sonrisa reflexiva, sus ojos generalmente tristes, su carácter taciturno, su porte casi tímido, sobre todo en frente de la terrible madama Aubert, su dulce y franca fisonomía me cautivaron desde luego, y sin embargo, en nuestra primera entrevista, las circunstancias no me predisponian en manera alguna en su favor,—muy al contrario!

Sentado bajo la alta chimenea del hogar en la cocina estaba yo hablando con la patrona, muy ocupada en aderezar la cena.

En esto llegaron de vuelta de la escuela los dos muchachos á todo escape con sus libros debajo del brazo.

—¡Ahí viene! gritaron ambos con voz sofocada por el cansancio y la alegría: ahí está Pedro! desde el cerro hemos dividido su lancha.... ahora estará desembarcando.... Vamos

á salirle al encuentro... ¿No es verdad, madre, no es verdad?

—¿Para qué? replicó con mas aspereza que nunca la Cesarina: me parece que ya es bastante talludo para venir solo; además, os necesito. Id los dos al huerto á cogermelos para la ensalada. Listos!

A estas dos últimas sílabas, mas que imperativas, los dos pobres chicos desaparecieron volando como pajarillos espantados.

—¡Diablo!... Dije allá para mis adentros. ¿Será acaso mi señor patron un mal padre... un mal marido?

Pocos minutos despues llegó.

Como para corroborar aquella desfavorable impresion, la Cesarina no salió á recibirle, no le presentó la frente ni la mano, ni se dignó siquiera acoger su regreso con una sonrisa.

No... antes bien se limitó á descolgar de la pared una pizarra y con el lápiz ya en la mano:

—¿Cuánto? preguntó secamente.

Pedro Aubert sacó de su chaqueta un bolsón de cuero, y dia por dia de la semana, fué enumerando el producto de su parte de pesca, cuyo importe en dinero colocó sobre la mesa.

Entretanto la rapaz pescadora iba sentando en la pizarra sus groseros guarismos, y sumándolos muy despacio; luego muy despacio tambien fué examinando una á una las monedas de plata y hasta las de cobre, aun las mas roñosas.

Afortunadamente la cuenta resultó exacta.

Cesarina metió el total en un cajon, cerró dicho cajon dando dos vueltas á la llave y se guardó magistralmente dicha llave en el bolsillo.

Pedro por su parte, Pedro Aubert se metió en el suyo silenciosamente la bolsa de cuero cuyo contenido acababa de entregar sin la menor resistencia, sin el mas pequeño reparo, con la mas indiferente y la mas bonachona docilidad del mundo.

—Ya iba á juzgarle mal, dije para mí, en vista de aquella escena doméstica. Pedro es seguramente un buen marido.

En el mismo instante los dos muchachos hicieron en la sala segunda irrupcion mas impetuosa acaso que la primera: ya de regreso (mucho debian haber corrido los pobrecillos) se arrojaron á los brazos de Pedro Aubert con tal espontaneidad, con una alegría y una ternura tales que al punto añadí por lo bajo:

—Y es además un excelente padre.

Pero cuál no fué mi asombro cuando las dos voces infantiles, logrando al fin remon-

tarse desde el corazon hasta los labios, exclamaron á un mismo tiempo:

—Buenos dias, buenos dias, tío.

¿Luego nó era mas que el tío de los dos muchachos... no era el marido de Cesarina?... En un hermano, y mas aun en un cuñado, tanta sumision, tamaña resignacion y abnegacion tanta eran todavía mucho mas singulares.

Pero lo que todavía me sorprendió mas fué la ternura verdaderamente paternal con que Pedro Aubert trataba á los dos muchachos.

Sentados ambos en sus rodillas, los besaba y los acariciaba con una vehemencia tan apasionada que verdaderamente me conmovia.

Así pasaron breves momentos.

Luego de repente, y como si acabase de abrirse en su pecho alguna antigua herida, algun doloroso recuerdo, Pedro Aubert se puso pálido como la cera... una lágrima asomó á sus párpados... se puso de pié... y aunque con voz siempre llena de dulzura, apartando de sí á sus sobrinos:

—Id á jugar á la playa, les dijo, id, *hijos míos*.

Imposible seria espresar todo lo que hubo de amargamente triste y de afectuoso al mismo tiempo en aquellas dos últimas palabras.

Los dos pobres chicos, místios y contristados, titubearon un momento; luego, obedeciendo á un ademan casi suplicante de su tío, y sobre todo á un sofion muy espresivo de su señora madre, desaparecieron, pero sin correr, en direccion de la playa.

—Ya sabemos que no los quieres! dijo entonces Cesarina con cara de vinagre, pero era escusado dárselo á entender tan claro á esas pobres criaturas!

Pedro no respondió palabra, pero cerró los ojos y se llevó la mano al pecho como para comprimir una justa indignacion ó un dolor muy agudo.

Luego cogiendo una azada en un rincon de la estancia:

—Voy á trabajar al huerto, dijo friamente. Y salió.

III.

Viendo al pobre pescador alejarse, Cesarina se encogió de hombros é hizo un gesto displicente.

Presintiendo yo un drama lugareño, seguí á Pedro y desde lejos, escondido detrás de un chaparro, le observé.

Pedro llegó efectivamente á un huertecillo en que habia unas pocas verduras, situado en los confines del pueblo; efectivamente empezó á cavar la tierra; pero á los muy pocos momentos, enderezó el cuerpo, y aunque sin sol-

tar la azada, púsose á mirar de una manera muy particular cierta casita cuyo techo humeaba á pocos pasos de allí y una de cuyas ventanas estaba enteramente tapizada por los floridos ramos de un rosál trepador.

En aquella ventana únicamente clavaba sus miradas el marinero.

Por entre la flexible cortina de verdura pude columbrar una sombra de mujer.

Inmóvil como una estatua, Pedro Aubert permaneció en su huerto hasta ya entrada la noche, hasta que la última estrella se hubo iluminado en el cielo.

Luego, con su azada al hombro, tomó lentamente el camino del pueblo.

Pero en el momento en que, por decirlo así, se arrancó de aquel sitio, oí distintamente el amargo suspiro de un corazón sin esperanza.

IV.

A la mañana siguiente, al salir de misa, ví á Pedro Aubert en el atrio de la iglesia.

De una mano llevaba á los dos niños, mientras alargaba silenciosamente la otra, húmeda de agua bendita, á una jóven que, próxima á salir, iba á pasar por delante de él.

(Se continuará.)

CORRESPONDENCIA.

Sra. D^a E. V. de T.: *Firauqui*.—Los libros correspondientes á su regalo se le enviaron por el correo del 7. Las iniciales que desea irán en el próximo patron.

Sr. Don F. de la V. y B.: *Sta. Marta*.—Se le han remitido á V. los primeros números de Agosto y Octubre, pudiendo remitir por su importe rvn. 10.

Sra. D^a A. T. M.: *Cabra*.—Queda V. suscrita por un año, y servido los números que le corresponden.

Sr. Don J. A.: *Valencia*.—Queda hecha la suscripción por 3 meses á nombre de su Sra.

Sr. Don J. de G.: *Torres de Berrellon*.—Se recibie-

ron los sellos para completo de su suscripción.

Sr. Don F. B.: *Zafra*.—Tiene V. opción al regalo, haciendo el abono de los 9 meses antes de finalizar el presente.

Sr. Don V. A.: *Cerbera de la Cañada*.—Se recibió el completo de su suscripción.

Sra. D^a C. D. S.: *Paris*.—Queda V. suscrita por 6 meses. La libranza anterior se cargó en cuenta á Don C. M.

Sr. Don J. P.: *Fuengirola*.—Desde el pasado mes se está sirviendo la suscripción que á su nombre hizo el Sr. Don R. M. de S. Fernando.

Sra. D^a R. M.: *Béjar*.—En nuestras anteriores correspondencias nos hemos ocupado del asunto que trata en su apreciable de 4 del corriente.

Sra. D^a M. L. S.: *Madrid*.—Queda V. suscrita por 3 meses.

Sr. Don J. A.: *Sevilla*.—Id. id. por un año.

Sr. Don J. de M.: *Sevilla*.—Id. id. por 3 meses.

Sr. Don J. C.: *Sevilla*.—Id. id.

Sr. Don M. G.: *Medina Sidonia*.—Queda anotada la suscripción que ordena en su favorecida del 9.

Sr. Don M. F.: *Tarifa*.—Quedan servidas desde 1^o de Enero las cuatro suscripciones que se sirvió avisar.

Sr. Don F. B.: *Málaga*.—Desde el pasado mes se le anotó á V. como á suscriptor, y sus números se incluyeron segun ordenaba el comisionado de esa Don F. de M. en el paquete que semanalmente se le remite por el correo, y aun cuando este señor nuevamente lo reclama, en la carta que se le dirige con fecha 12 del corriente se le comprueba que está servido.

Sr. Don R. T. y F.: *Canarias*.—Se le remitió el Almanaque Profético: la comedia que solicita no la tenemos.

Solucion del geroglífico anterior.

Neron desde una torre en Roma contemplaba el incendio de la ciudad eterna.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

